

La coartada de la transferencia.

Cómo se justifica el gasto militar, espacial y deportivo con beneficios que no llegan.

1. La coartada perfecta.

Cuando un gobierno anuncia un aumento del gasto militar, la organización de unos Juegos Olímpicos o una misión a Marte, la justificación rara vez se queda en el objetivo declarado. Se añade casi siempre un argumento adicional: “Esto no es un gasto, es una inversión. La tecnología que se desarrolle acabará beneficiando a la vida civil. El GPS, internet, los materiales sintéticos, la medicina deportiva... todo eso nació de la defensa o del espacio”.

El argumento es seductor porque contiene una verdad parcial. Es cierto que algunas tecnologías han migrado del laboratorio militar o espacial a la vida cotidiana, pero la coartada consiste en presentar ese efecto secundario como la razón principal del gasto y en ocultar que los mismos recursos, invertidos directamente en mejorar la vida de la gente, producirían un retorno muy superior.

La tesis de este ensayo es que la transferencia tecnológica no justifica el gasto militar, el gasto espacial o el deportivo, porque ese no es su objetivo, su magnitud es incierta y, sobre todo, porque el coste de oportunidad es enorme.

La coartada sirve para que el ciudadano acepte como inversión lo que en realidad es un gasto con fines geopolíticos, de prestigio o de puro negocio; muchas veces para quienes están cerca del poder.

Y sirve, sobre todo, para que no se pregunte qué pasaría si esos mismos miles de millones se dedicaran a la sanidad, la educación, la vivienda, la investigación aplicada a las necesidades reales, la cultura o la ayuda directa a quienes sufren una vida precaria.

2. El caso militar. La transferencia como ideología.

El gasto militar mundial alcanzó en 2025 la cifra récord de 2,9 billones de dólares, el undécimo año consecutivo de crecimiento. En España, el gasto en defensa supuso el 2,1% del PIB en 2025, unos 34.265 millones de euros, lo que equivale a la mitad del gasto público anual en educación o a la tercera parte del gasto en sanidad.

El argumento de la transferencia de los hallazgos militares sostiene que esa inversión genera tecnología que luego se aplica a la vida civil. Y es cierto que existen ejemplos como los ya mencionados. Pero la literatura crítica ha desmontado la falacia. El investigador Renato Dagnino calificó el argumento como falaz, porque la idea de que la tecnología desarrollada para la defensa tiene aplicaciones civiles automáticas ignora que la innovación militar está diseñada para matar y que su transferencia a usos civiles es azarosa, costosa y, a menudo, imposible sin un dominio tecnológico que el receptor no posee. Además, el flujo inverso, el del sector civil al militar, es hoy más importante que el spin-off clásico, porque las fuerzas armadas compran tecnología comercial y no al revés.

La coartada del spin-off sirve, en realidad, para justificar gastos militares exacerbados que no se sostendrían con un análisis coste-beneficio honesto. Si el objetivo fuera la innovación civil, lo más eficiente sería invertir directamente en ella. Pero eso no genera los mismos réditos geopolíticos ni los mismos beneficios para el complejo militar-industrial.

3. El caso espacial. La medición imposible.

La exploración espacial se justifica con el mismo argumento, el de que los viajes a la Luna o a Marte generarán tecnología que acabará en los hogares. Y hay datos que parecen respaldarlo. Se ha afirmado que de 259 aplicaciones derivadas de la tecnología de la NASA se derivaron 22.000 millones de dólares y crearon o salvaron 353.000 empleos. También se cita el programa Apolo, con un retorno estimado de tres dólares por cada dólar invertido. El papel y los cálculos respaldan casi cualquier estimación partiendo de la hipótesis apropiadas.

Sin embargo, un informe de las Academias Nacionales de Estados Unidos concluye que, aunque los beneficios de la exploración espacial tripulada son “anecdóticamente impresionantes”, también son “extremadamente difíciles de medir” y la incertidumbre es tal que “hace imposible compararlos con los beneficios de otras inversiones federales en I+D que podrían haber logrado los mismos o mejores resultados económicos”.

El mismo informe señala que no hay evidencia de que el retorno de la exploración espacial sea mayor o menor que el de otras inversiones en I+D. Es decir, el argumento del retorno tecnológico no distingue a la exploración espacial de cualquier otra inversión pública. Si el objetivo es la innovación, ¿por qué no invertir directamente en los laboratorios que investigan el clima, la energía o las enfermedades?

4. El caso deportivo. El elefante blanco.

El deporte de élite utiliza el mismo argumento. Los Juegos Olímpicos o los Mundiales generan infraestructuras, turismo y avances en medicina deportiva que benefician a todos. Pero los datos de las últimas décadas desmienten la coartada.

Atenas 2004 es el caso más evidente. De las 22 instalaciones olímpicas, 20 están abandonadas y sin uso desde 2012, convertidas en “auténticos elefantes blancos”. Los Juegos costaron entre 8.500 y 14.000 millones de euros, el doble del presupuesto inicial, y representaron entre el 2% y el 3% de la deuda externa griega. El mantenimiento anual de las instalaciones abandonadas cuesta entre 50 y 100 millones de euros, sin generar ingreso alguno.

El caso no es aislado. La villa olímpica de Turín 2006 quedó vacía hasta que, años después, fue ocupada por más de mil migrantes y refugiados. Montreal 1976 dejó a la ciudad con una deuda que tardó más de tres décadas en saldarse y de las 4.000 viviendas prometidas solo se construyeron 980. Los estudios sobre Barcelona 92, a menudo presentada como un éxito rotundo, también apuntan a que se infravaloraron los costes y se exageraron los beneficios sociales.

La medicina deportiva, el otro gran argumento, beneficia principalmente a los atletas de élite, no a la población general. Y las infraestructuras, cuando no se abandonan, se convierten en equipamientos de lujo o en centros comerciales. El retorno social para el ciudadano que paga los Juegos es, en el mejor de los casos, indirecto y difícil de justificar.

5. La coartada como ideología.

El argumento de la transferencia no es un error técnico, es una ideología. Su función es la misma que la del “efecto goteo” en economía, que hacer creer que el beneficio para unos pocos acabará llegando a todos, para que los de abajo acepten un sistema que les perjudica. En el caso del gasto militar, espacial o deportivo, la coartada sirve para tres cosas:

- **Legitimar el gasto.** Un político que propone invertir miles de millones en defensa tiene que explicar por qué. La transferencia tecnológica le da una respuesta moral: “No es para la guerra, es para la innovación”.
- **Desviar la atención de las necesidades reales.** Mientras se discute si la transferencia justifica el gasto, no se discute por qué no se invierte directamente en sanidad, educación o vivienda.
- **Desactivar la crítica.** Quien cuestiona el gasto militar es acusado de no entender que la tecnología también sirve para la vida civil. La coartada convierte la crítica en ignorancia.

El coste de oportunidad es la variable que la coartada oculta. Cada euro invertido en un portaaviones, en un cohete a Marte o en un estadio olímpico es un euro que no se invierte en un hospital, una escuela o un centro de investigación sobre enfermedades raras. Y si el objetivo es mejorar la vida de la gente, la inversión directa es siempre más eficiente.

6. La vida sin coartadas.

La transferencia tecnológica existe, pero no es una justificación. Es un efecto secundario, a menudo incierto, de inversiones que se hacen por otras razones, como la geopolíticas, el prestigio o el negocio de quienes apoyan el poder político y se benefician de sus decisiones.

Presentarla como la razón principal del gasto es una coartada que oculta el coste de oportunidad y desactiva el debate sobre las prioridades públicas.

Este ensayo acaba con una invitación a mirar el gasto público con otros ojos. Cuando un gobierno justifique una inversión millonaria con el argumento de que “generará tecnología para todos”, conviene preguntarse ¿cuántos hospitales, cuántas escuelas o cuántos centros de investigación directamente útiles para la vida se podrían financiar con ese mismo dinero? ¿Y por qué no se hace?